

Era imposible reconocer, bajo el aspecto montaraz de aquel individuo, á un civilizado europeo.

Cortés, juzgándole un indio, preguntó á Tapia por el español de que le habian hablado.—«Soy yo»—exclamó entonces el interesado, poniéndose en cuclillas, como lo hacian los indios, cuyas costumbres se le habian pegado. Cortés le abrazó enternecido; mandó que se le diese un traje para vestirse; le agasajó en extremo y le pidió que refiriese la causa que le condujo á la condicion de esclavo á una tierra de que nadie tenia noticia.

Entonces relató el libertado cautivo lo que todos tenian vivo interés por saber y que escucharon atentamente. Se llamaba Gerónimo de Aguilar, era natural de Écija, en la provincia de Sevilla, y estaba ordenado de Evangelio. Hacia ocho años que, marchando del Darien á Santo Domingo, se perdió en los Alacranes el buque en que iba la mayor parte de la gente, diez mil duros en oro, y algunos papeles importantes. Gerónimo de Aguilar, con otros quince hombres y dos mujeres lograron salvarse en el bote del buque; pero arrastrados por las corrientes, fueron arrojados á las playas de Yucatan, donde se vieron hechos cautivos por los indios de aquel país. Conducidos al interior, el cacique á quien fueron presentados mandó separar á los que estaban mas gruesos y robustos, sacrificándoles en seguida á sus ídolos y celebrando un banquete con sus cuerpos; colocó en jaulas de madera á los que estaban en medianas carnes á fin de engordarlos para otro sacrificio, y repartió los que carecian de robustez entre los vasallos principales, en calidad de esclavos, contando en este número las dos mujeres. Aguilar fué de

los reservados para los inmediatos sacrificios y banquete, <sup>Los indios de Yucatan no eran ni canibales ni antropófagos.</sup> y colocado en una jaula de madera, donde se le daba buen alimento con el objeto de que se presentase robusto y lozano el dia del sacrificio. Pero se han equivocado los escritores que han creido que este afan porque adquiriesen robustez y abundantes carnes reconocia por origen el deseo de satisfacer el apetito de la gula. No eran los indios de Yucatan ni caníbales, como se ha asegurado, ni antropófagos, tomando esta voz en su verdadero significado. Robustecian á sus prisioneros porque no creian digna ofrenda para sus dioses séres enfermizos y débiles, y celebraban banquetes con los brazos y piernas de los sacrificados, no por gusto ni por costumbre de alimentarse de carne humana, que es lo que constituye al antropófago, sino porque juzgaban que participaba de alguna virtud por haber sido ofrecida á sus divinidades. Era cruel, horrible, la costumbre de los sacrificios humanos y de los banquetes dados con los miembros de las víctimas; pero no eran efecto de un inhumano placer por sacrificar, sino mas bien un acto que consideraban como deber imprescindible de la sangrienta religion que profesaban. La antropofagia existia entre los caníbales de las islas próximas á Cuba y Santo Domingo, que hacian cautivos sin otro objeto que el de alimentarse con su carne, sin que en nada se mezclase la religion. Los indios de Yucatan no hacian cautivos para comer: el principal objeto era honrar á sus dioses sacrificándoles, y los comian como ofrenda que habia sido aceptada por ellos.

Aguilar logró escapar, de noche, de la jaula de madera en que procuraban engordarle para el dia del sacrificio, y

camino por entre bosques y selvas, alejándose de aquel sitio, alimentándose de yerbas; pero volvió á caer en poder de unos indios que le presentaron á otro cacique de diferente tribu. Viéndole fuerte y robusto, el nuevo dueño quiso utilizarse de su trabajo, y le hizo su esclavo. Aguilar sufrió en los primeros meses un trato cruel y duro del cacique, ocupado en cargar leña que cortaba en el monte y en otras faenas penosas; pero su inteligencia, su laboriosidad, y sobre todo, su continencia, hicieron que el cacique empezase á verle con asombro y que le moderase el trabajo.

En unas tribus en que los goces sensuales constituían una de sus primeras dichas, la castidad era vista con veneración; y como Aguilar, cumpliendo con sus votos, rehusó tomar mujer á pesar de aconsejarle su amo que lo hiciera, y hacia una vida ejemplar, el cacique trató de poner á prueba la honestidad del esclavo. Muchos y muy seductores medios puso en juego el cacique para vencer la continencia del ordenado en Evangelio; pero de todas salió vencedor el virtuoso Aguilar. Entonces le confió el cacique el cuidado de su mujer y de su familia, distinguiéndole con su aprecio y haciendo menos penoso su cautiverio. Así vivió ocho años, hasta que llegaron los mensajeros enviados por Cortés con la carta y las cuentas de vidrio y cascabeles para adquirir su libertad. Deslumbrado el cacique por la forma y brillo de los abalorios, los admitió como rescate de su cautivo, y Aguilar, libre y contento, se dirigió á un pueblecito inmediato de indios en que vivía otro de sus compatriotas, que habia sido marinero, natural de Palos de Moguer, llamado Gonzalo Guerrero,

para proponerle que le siguiera. Aguilar y Guerrero eran los únicos que vivían, pues el resto de los que no habian sido sacrificados, habian muerto víctimas del clima y del trabajo, incluso las dos mujeres, á quienes habian dedicado á moler el maíz, de que hacían el pan llamado *tortillas*. Gonzalo Guerrero, que hacia algunos años habia conseguido su libertad por su valor y estrategia, combatiendo contra tribus contrarias á la del cacique á quien servía, se hallaba casado, tenia tres hijos, y figuraba como uno de los jefes principales. Creyendo que nunca podria salir de aquel país, habia adoptado sus costumbres; se habia marcado la cara, como tenían costumbre algunos guerreros indios; llevaba horadadas las orejas y el labio inferior, ostentando adornos de oro, y sus modales y sus gustos eran completamente indios.

Al escuchar la proposición de Aguilar para ir á reunirse con sus compatriotas, le contestó Guerrero que no la podía aceptar, que estaba contento al lado de su mujer y de sus hijos, y no queria renunciar á las consideraciones que le tenían los indios, obediéndole como á cacique y capitán siempre que se suscitaba alguna guerra con las demás tribus. «Vé tú con Dios, y solo te ruego que me des algunas de esas cuentas verdes para regalárselas á mis niños, diciéndoles que son regalo que me envían de mi país.» En vano trató Gerónimo de Aguilar de persuadir á su antiguo compañero á que le siguiera, hablándole en nombre de la religion y de la patria: en vano le dijo que la mujer y los hijos no eran obstáculo para su marcha, puesto que podía llevarlos en su compañía: Guerrero se habia acostumbrado á la vida del jefe indio, y no quiso dejar la tribu en

que figuraba ya como cacique. Al ver su decisiva resolución de quedarse, Aguilar se alejó con los dos mensajeros indios que le habían llevado la carta, y llegó al sitio en que creía encontrar el buque enviado por Cortés á las órdenes de Ordaz. Pero habían transcurrido para entonces mas de ocho dias, y la escuadra acababa de hacerse á la vela saliendo de Cozumel. Aguilar, al encontrarse con aquella nueva, sintió una tristeza profunda, y perdida toda esperanza, volvió á la casa de su amo.

Entregado á su melancolía se encontraba, cuando supo, por medio de los mismos mensajeros, que la escuadra había vuelto á Cozumel. A la tristeza siguió una alegría indescriptible, y Aguilar, dando gracias á Dios por el feliz acontecimiento, se puso en camino sin pérdida de momento. Llegados á la orilla de la mar, ajustó una canoa grande á cuenta de cascabeles y abalorios, y logró llegar, de la manera que referida queda, á la presencia de Cortés (1).

La adquisicion de Gerónimo de Aguilar fué de grande importancia para Cortés. Desde aquel momento contaba con un intérprete leal y fiel, que poseia perfectamente el idioma de Yucatan, y que, aunque torpe en el castellano por no haberlo hablado por espacio de ocho años, llegaría en breves dias á expresarse correctamente.

(1) He referido el hecho de la manera que pasó, segun lo refieren los que fueron testigos oculares. Gómara ha pintado el suceso de Aguilar de una manera fabulosa y contraria en un todo á la verdad. Bernal Diaz, que fué uno de los que oyeron referir los hechos al mismo Aguilar, censura á Gómara por su inexactitud diciendo: «Y de esta manera que he dicho se hubo á Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gómara, é no me maravilla, pues lo que dice es por nuevas.»

Entre tanto se habia terminado la reparacion del buque, y Hernan Cortés dispuso la salida de Cozumel para continuar el viaje.

Aguilar, á quien el cacique de Cozumel hizo varias visitas desde que llegó libre, manifestándole distinguido aprecio, le ponderó en idioma maya la excelencia de la religion católica, y le aconsejó que si anhelaba su felicidad y la de sus vasallos, continuasen rindiendo culto á la imágen de Nuestra Señora y á la cruz, que les dejaban en el antiguo *teocalli*. El cacique y los que le rodeaban prometieron seguir sus consejos, y le suplicaron que alcanzase de Cortés una carta, á fin de que si despues de su partida llegaban otros españoles, no cometiesen ningun desman contra ellos. La súplica fué hecha presente al general, y Cortés dejó al cacique un pliego para que lo enseñase á cualquiera que, despues de su marcha, se presentase en el puerto.